mí mismo también, por idéntica razón, todo lo demás que sabía que me faltaba, y ser infinito, eterno, inmutable, omnisciente, omnipotente, poseer, en suma, todas las perfecciones que advertía que existen en Dios. Pues, según los razonamientos que acabo de hacer, para conocer la naturaleza de Dios, en cuanto la mía era capaz de ello, me bastaba considerar si era o no una perfección poseer las cosas de que en mí hallaba alguna idea, y seguro estaba de que ninguna de las que denotaban alguna imperfección estaba en él, mas sí todas las restantes. Y así notaba que la duda, la inc nstancia, la tristeza y otras cosas semejantes, no podían estar en Dios, puesto que yo me hubiera alegrado de verme libre de ellas. Tenía yo, además de esto, ideas de muchas cosas sensibles y corporales, pues aun suponiendo que soñaba y que todo lo que veía e imaginaba era falso, no podía negar, sin embargo, que tales ideas estuvieran verdaderamente en mi pensamiento. Pero habiendo conocido en mí muy claramente que la naturaleza inteligente es distinta de la corporal, y teniendo en cuenta que toda composición denota dependencia y que la dependencia es manifiestamente un defecto, deduje que no podría ser una perfección en Dios el componerse de estas dos naturalezas y que, por tanto, Dios no era compuesto. En cambio, si en el mundo había cuerpos, o bien algunas inteligencias u otras naturalezas que no fuesen completamente perfectas, su ser debía depender del poder divino, de tal manera que sin él no podrían subsistir ni un solo momento.

Quise indagar luego otras verdades, y habiéndome propuesto considerar el objeto de los geómetras que concebía como un cuerpo continuo o un espacio indefinidamente extenso en longitud, anchura y altura o profundidad, divisible en varias partes que pueden tener varias figuras y tamaños, y ser movidas o traspuestas de muchas maneras, pues los geómetras suponen todo eso en su objeto, repasé algunas de sus demostraciones más sencillas, y habiendo advertido que esa gran certeza que todo el mundo atribuye a tales demostraciones se funda tan sólo en que se conciben de un modo evidente según la regla antes dicha, advertí también que no había nada en ellas que me garantizase la existencia de su objeto; porque, por ejemplo, veía muy bien que, suponiendo un triángulo, era necesario que sus tres ángulos fueran iguales a dos rectos, mas no por esto veía nada que me asegurase que en el mundo hubiera triángulo alguno. En cambio, si volvía a examinar la idea que tenía de un Ser perfecto, hallaba que la existencia estaba comprendida en ella del mismo modo como en la idea de un triángulo se comprende que sus tres ángulos sean iguales a dos rectos, o, en la de una esfera, el que

todas sus partes sean equidistantes de su centro, y hasta con más evidencia aun; y que, por consiguiente, es por lo menos tan cierto que Dios, que es ese Ser perfecto, es o existe, como lo pueda ser cualquier demostración de geometría.

Pero si hay muchos que están persuadidos de que es difícil conocer lo que sea Dios, y aun lo que sea el alma, es porque no elevan nunca su espíritu por encima de las cosas sensibles y están tan acostumbrados a considerarlo todo con la imaginación, que es un modo de pensar particular para las cosas materiales, que lo que no es imaginable les parece ininteligible. Lo cual está bastante manifiesto en la máxima que los mismos filósofos admiten como verdadera en las escuelas y que dice que nada hay en el entendimiento que no haya estado antes en los sentidos, aunque sea cierto que las ideas de Dios y del alma jamás lo han estado. Y me parece que los que quieren hacer uso de su imaginación para comprender esas ideas son como los que para percibir los sonidos u oler los olores quisieran servirse de los ojos; habiendo, en verdad, esta diferencia entre aquéllas y éstos: que el sentido de la vista no nos asegura menos de la verdad de sus objetos que el olfato y el oído del suyo, mientras que ni la imaginación ni los sentidos pueden asegurarnos de que sea cierta cosa alguna si el entendimiento no ha intervenido.

Finalmente, si aun hay hombres a quienes las razones que he presentado no han convencido de la existencia de Dios y del alma, quiero que sepan que todas las demás cosas que acaso crean más seguras -por ejemplo, que tienen un cuerpo, que hay astros y una tierra y otras semejantes- son, sin embargo, menos ciertas. Porque si bien tenemos una seguridad moral de esas cosas tan grande que parece que, a menos de ser un extravagante, no puede nadie ponerlas en duda, sin embargo, cuando se trata de una certidumbre metafísica no se puede negar, a no ser perdiendo la razón, que no sea bastante motivo, para no estar totalmente seguro, el haber notado que podemos de la misma manera imaginar en sueños que tenemos otro cuerpo y vemos otros astros y otra tierra sin que ello sea cierto, pues ¿cómo sabremos que los pensamientos que se nos ocurren durante el sueño son más falsos que los demás cuanto que con frecuencia no son menos vivos y precisos? Y por mucho que lo estudien los mejores ingenios, no creo que puedan dar ninguna razón suficiente para desvanecer esta duda sin suponer previamente la existencia de Dios. Porque, en primer lugar, la regla que antes he adoptado- de que son verdaderas todas las cosas que concebimos muy clara y distintamente- no es segura sino porque

Dios es o existe y porque es un Ser perfecto, del cual proviene cuanto hay en nosotros. De donde se sigue que nuestras ideas o nociones, siendo cosas reales y que proceden de Dios, en todo lo que tienen de claras y distintas, no pueden menos de ser verdaderas, de suerte que si tenemos con bastante frecuencia ideas que encierran falsedad, es porque hay en ellas algo confuso y obscuro y en este respecto participan de la nada, es decir, que si están así confusas en nosotros es porque no somos totalmente perfectos, y es evidente que no hay menos repugnancia en admitir que la falsedad o imperfección proceda como tal de Dios mismo, que en admitir que la verdad o la perfección procedan de la nada. Mas si no supiéramos que todo cuanto en nosotros es real y verdadero proviene de un ser perfecto e infinito, entonces, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas, no habría razón alguna que nos asegurase que tienen la perfección de ser verdaderas.

Después que el conocimiento de Dios y del alma nos han asegurado la certeza de esta regla, resulta fácil conocer que los ensueños que imaginamos al dormir no deben hacernos dudar en manera alguna de la verdad de los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos. Porque si ocurriese que durmiendo tuviéramos alguna idea muy distinta, como, por ejemplo, que un geómetra inventara en sueños una nueva demostración, el sueño no impediría que esa idea fuese cierta. Y en lo que respecta al error más frecuente de nuestros sueños, que consiste en representarnos diversos objetos del mismo modo como lo hacen nuestros sentidos exteriores, poco importa que nos dé ocasión para desconfiar de la verdad de tales ideas, pues éstas pueden engañarnos de igual manera aun cuando no estuviéramos dormidos. Prueba de ello es que los que padecen ictericia lo ven todo amarillo y que los astros y otros cuerpos muy lejanos nos parecen mucho más pequeños de lo que son. En fin, despiertos o dormidos no debemos dejarnos persuadir nunca si no es por la evidencia de la razón. Y adviértase que digo de la razón, no de la imaginación o de los sentidos. Del mismo modo, porque veamos el sol muy claramente, no debemos por ello juzgar que sea del tamaño que lo vemos; y muy bien podemos imaginar distintamente una cabeza de león pegada al cuerpo de una cabra sin que por eso haya que concluír que en el mundo existe la quimera: la razón no nos dice que lo que así vemos o imaginamos sea verdadero. Pero sí nos dice que todas nuestras ideas o nociones deben tener algún fundamento de verdad; pues no sería posible que Dios, que es enteramente perfecto y verdadero, las hubiera puesto en nosotros si fueran falsas. Y puesto que nuestros razonamientos nunca son tan evi-

dentes y completos en el sueño como en la vigilia, si bien a veces nuestras representaciones son tan vivas y expresivas y hasta más en el sueño que en la vigilia, por eso nos dice la razón que, no pudiendo ser verdaderos todos nuestros pensamientos, porque no somos totalmente perfectos, deberá infaliblemente hallarse la verdad más bien en los que pensamos cuando estamos despiertos que en los que tenemos durante el sueño.

Mucho me gustaría proseguir y exponer aquí toda la cadena de las restantes verdades que deduje de estas primeras. Mas como sería necesario para ello hablar de muchas cosas que están en cuestión entre los doctos, con los que no deseo indisponerme, creo que mejor será que me abstenga y me limite a decir en general cuáles son, dejando que juzguen los más sabios si sería útil hablar de ellas al público con más detenimiento. Siempre me he mantenido firme en mi resolución de no suponer otro principio que el que acaba de servirme para demostrar la existencia de Dios y del alma, y de no reconocer como verdadera cosa alguna que no me pareciese más clara y más segura que las demostraciones de los geómetras. Y, sin embargo, me atrevo a decir que no sólo he encontrado medio de quedar satisfecho en poco tiempo respecto a las dificultades principales que suelen tratarse en filosofía, sino que también he notado ciertas leyes, que Dios ha establecido en la naturaleza y cuyas nociones ha impreso en nuestras almas, de tal suerte que, si reflexionamos sobre ellas con bastante detenimiento, no podremos dudar de que se cumplen exactamente en todo lo que es o se hace en el mundo. Al considerar luego la serie de estas leyes, me parece haber descubierto varias verdades más útiles e importantes que cuanto había aprendido hasta entonces o aun esperado aprender.

Mas como he intentado explicar las principales en un tratado que algunas consideraciones me impiden publicar, nada mejor para darlas a conocer que exponer aquí sumariamente lo que ese tratado contiene. Tuve la intención de poner en él todo lo que creía saber antes de escribirlo acerca de la naturaleza de las cosas materiales. Pero así como los pintores, no pudiendo representar con igual exactitud en un cuadro las diversas caras de un cuerpo sólido, escogen una de las principales y la iluminan, dejando las demás en las sombras, de suerte que sólo aparece en ella lo que se puede ver mirando a la otra, así también, temiendo yo no poder poner en mi discurso todo lo que había en mi pensamiento, me limité a exponer ampliamente lo que pensaba respecto de la luz; luego, con este motivo añadía algo acerca del sol y de las estrellas fijas, porque casi toda

la luz viene de esos cuerpos; de los cielos, que la transmiten; de los planetas, de los cometas y de la tierra, que la reflejan; y en particular de todos los cuerpos que hay sobre la tierra, que son o coloreados o transparentes o luminosos; y, finalmente, del hombre que es el espectador. Y para dar un poco de sombra a todas esas cosas y poder decir con más libertad lo que pensaba, sin verme obligado a seguir ni refutar las opiniones admitidas entre los doctos, resolví entregar este mundo a sus disputas y hablar únicamente de lo que sucedería en uno nuevo, si Dios crease ahora en los espacios imaginarios bastante materia para componerlo y, agitando diversamente y sin orden las varias partes de esa materia, formanse un caos tan confuso como pueden fingirlo los poetas, y se limitara después a prestar su concurso ordinario a la naturaleza, dejándola obrar según las leyes por él establecidas. Describí primeramente esta materia y traté de representarla de tal manera que nada hay en el mundo, a mi entender, más claro e inteligible, excepto lo que antes he dicho sobre Dios y el alma; pues hasta supuse expresamente que no hay en ella ninguna de esas formas o cualidades que tanto se discuten en las escuelas, ni cosa alguna cuyo conocimiento no fuera tan natural en nuestras almas, que ni siquiera pudiera fingirse que se ignora. Hice ver además cuáles eran las leyes de la naturaleza; y, sin fundar mis razones en ningún otro principio que las infinitas perfecciones de Dios, traté de demostrar todas aquellas sobre las que pudiera haber alguna duda y procuré probar que son tales que, aun cuando Dios hubiese creado varios mundos, no podría haber ninguno en donde no se cumplieran. Mostré después cómo la mayor parte de la materia de ese caos debía, a consecuencia de estas leyes, estar dispuesta y arreglada de una manera que la hiciese semejante a nuestro cielo; y cómo, sin embargo, algunas de sus partes debían formar una tierra, y algunas otras planetas y cometas, y otras en fin un sol y las estrellas fijas. Y aquí, extendiéndome sobre el tema de de la luz, expliqué detenidamente cuál era la que debía hallarse en el sol y las estrellas, y cómo desde allí atravesaba en un instante los espacios inmensos de los cielos y cómo se reflejaba desde los planetas y los cometas hacia la tierra. Añadía a esto muchas cosas acerca de la susbstancia, la situación, los movimientos y demás cualidades de estos cielos y astros; de tal modo que creía decir lo suficiente para hacer comprender que nada se observa, en los de este mundo, que no deba, o al menos no pueda, parecer en un todo semejante a los de ese otro mundo que yo describía. Pasé después a ocuparme de la tierra en particular; expliqué cómo, aun habiendo supuesto expresamente que Dios no hubiera dado ningún peso a la materia de que estaba compuesta, no por eso

dejarían todas sus partes de dirigirse exactamente hacia su centro; cómo habiendo agua y aire sobre su superficie, la disposición de los cielos y de los astros, principalmente de la luna, debía causar en ella un flujo y reflujo semejante en todo al que se observa en nuestros mares, y además cierta corriente, tanto de agua como de aire, que va de levante a poniente, como la que se nota también entre los trópicos; cómo las montañas, los mares, las fuentes y los ríos podrían formarse naturalmente y los metales producirse en las minas y las plantas crecer en los campos y, en general, engendrarse todos esos cuerpos llamados mezclas o compuestos. Y entre otras cosas, como después de los astros nada conocía yo en el mundo que produjera luz sino el fuego, traté de hacer comprender con mucha claridad todo lo que atañe a su naturaleza, cómo se forma, cómo se alimenta, cómo a veces da calor sin luz y otras luz sin calor; cómo puede introducir diferentes colores en varios cuerpos y varias otras cualidades; cómo funde algunos y endurece otros; cómo puede consumirlos o convertirlos en humo y cenizas; y, finalmente, cómo forma vidrio con estas cenizas, sólo por la violencia de su acción; porque pareciéndome esta transformación de las cenizas en vidrio tan admirable como cualquiera otra de la naturaleza, tuve especial placer en describirla.

No quería, sin embargo, deducir de todas estas cosas que este mundo haya sido creado del modo que yo exponía, porque es mucho más verosímil que desde el principio lo hizo Dios tal como debía ser. Cierto es no obstante -y ésta es una opinión admitida generalmente por los teólogos- que la acción por la que hoy lo conserva es la misma por la que lo creó; de manera que si al principio no le hubiera dado más forma que la del caos, con haber establecido las leyes de la naturaleza y haberle prestado su concurso para obrar como ella acostumbra, se puede creer, sin menoscabo del milagro de la creación, que todas las cosas que son puramente materiales hubieran podido, con el tiempo, llegar a ser como ahora las vemos. Y su naturaleza es mucho más fácil de concebir cuando se ven nacer poco a poco de esa manera que cuando se consideran ya hechas del todo....

Hacía ya tres años que había concluído tratado que contiene todas estas cosas y comenzaba a revisarlo para ponerlo en manos de un impresor, cuando supe que unas personas, cuyo respeto y cuya autoridad no es menos poderosa sobre mis acciones que mi propia razón sobre mis pensamientos, habían reprobado una opinión de física publicada poco antes por otro, de la que no quiero decir que yo participara, sino sólo que antes de verla